



Título: *Vidas de Papel*

Autor: Jesús Ángel Teso

Lugar y año: Sevilla, 2004

Editorial: Edición Personal

Páginas: 358

UN OTELO EN MADRID

Jesús Ángel Teso es uno de los más conocidos francotiradores literarios de los que recorren los agrestes páramos de la República de las Letras Riojana. Aparece aquí y allá con frecuencia, como ganador o finalista de tal certamen de narrativa (el najerino Villegas, el consistorial Buena Fuente, entre otros), como colaborador de revistas y publicaciones literarias o como comentarista. En esta misma revista *Fábula* tenemos ejemplos de su buen hacer como escritor.

No es lo habitual comenzar la reseña de una obra dando cuenta de las (a juicio del abajo firmante) faltas apreciadas en la obra que se comenta. Y además a sabiendas de que lo que menos gusta de esta novela, *Vidas de papel*, de alguna forma, no es responsabilidad de Jesús Ángel Teso Saenz (queremos suponerlo). Porque lo que llama la atención, nada más coger el volumen, es precisamente el mismo libro: un esfuerzo como el

que ha tenido que empeñar Teso para elaborar una novela de esta envergadura merece, sin duda, un diseño más atractivo y no ese revuelto cromático tan difuso que no hace, por fuera, nada apetecible el tomarlo del anaquel de la librería.

Pero está claro que lo que verdaderamente nos interesa es el contenido y no tanto el continente. Y en cuanto a eso, la novela cumple con creces, pues con *Vidas de Papel*, Teso ha elaborado una novela densa, elaborada. Un ejercicio de introspección, de estudio y disección de las pasiones humanas, para lo que ha contado con la voz/pensamiento de unos personajes bien perfilados. El autor varía constantemente de punto de vista, los registros cambian, y la novela se transforma en un ser vivo. Rodrigo, Ana, Javier (y los otros personajes de reparto) aparecen en esta obra como versiones revisadas, actualizadas de los personajes shakespearianos de la tragedia *Otelo*. Y concluye con una vuelta de tuerca postrera e inesperada a la obra original.

El argumento se resume en breves trazos, más que nada porque lo fundamental, el meollo de la novela, viene de las digresiones de los personajes,

más que de la acción: Javier Ferlosio, un director teatral famoso, se propone abordar una nueva versión del *Otelo*. Ana Soler es su musa, una Desdémona en vaqueros que encandila al periodista-crítico teatral, Rodrigo Guzmán encargado a su vez de redactar las memorias del director. Las vidas de Ana y Rodrigo se cruzan y lo que comienza como una historia de amor, termina en un drama de celos y muerte. Las transformaciones se suceden, y donde, como se ha dicho, había amor, aparecen los celos, el odio. El ser amado se transforma en un ser digno de desprecio (escenas de violencia domésticas de tanta actualidad hoy en día, por desgracia) y la que en un momento se amó, se convierte en una casquivana que merece los golpes que Rodrigo le da. El final de la novela, que no vamos a desvelar, propone un final diverso al drama, en el que se mezclan los papeles, en que nadie parece ser quien es.

A parte de la maquetación, a *Vidas de Papel* se le puede reprochar el exceso (en extensión) de algunas digresiones, así como la introducción de ciertas escenas esperpénticas que no se sabe bien a qué vienen, ni se entiende en cómo ayudan al conjunto de la obra, lo que hace que en algunos pasajes la lectura se vuelva algo densa. Por otro lado, el tránsito de la segunda a la tercera persona, puede confundir al lector, aunque se trate de un efecto buscado de propósito. Y por último, la sintaxis en

ocasiones se muestra artificialmente elaborada (“Si la alfaguara fugada en manantíos del veneno inoculado en Rodrigo Guzmán sería factible de restañar.”) lo que resta frescura a la composición.

Pero *Vidas de Papel* es una demostración de lo que Teso puede hacer con el lenguaje, sus habilidades con la escritura y esa capacidad de verter en un texto sus conocimientos sobre el teatro, así como sobre las pasiones humanas. El autor demuestra en toda la obra un gran poderío léxico, así como un pulso acertado en el tratamiento de una narración intimista, sometida a los rigores de la inacción.

Merece la pena destacar, porque llama la atención, la escena de la página 183, donde el inmigrante que Javier Ferlosio “ficha” para su obra, rememora otros tiempos en su Colombia natal. Y en concreto, una frase para apuntar: “...la mugre y los chinches en el cuerpo de su compañera restaban encanto como para que él la encontrara tan deseable como en el atardecer colombiano, junto al río por el que mansas bajaban las anémonas o lo huacales flotadores cargados de banano, cuando él y el cuerpo de Fernanda se unían en un acoplamiento silueteado de dulzura.” Todo un hallazgo.

Jesús Ángel Teso suma y sigue.

Eugenio Sáenz de Santa María